

LA CUENTA ATRÁS

Los cuerpos de un jinete y dos caballos negros sin montura distinguíanse en el horizonte de la solitaria playa levantando a su paso la arena y el agua del embravecido Mar del Norte hasta detenerse de forma brusca frente a mí.

Aquel hombre dejado caer sobre el cuello del caballo mostraba signos de agotamiento, varias heridas sangrantes y el miedo grabado en su rostro por lo que no vacilé en ayudarlo a desmontar y a tender su pesado cuerpo en la seca superficie arenosa.

Cuando le pregunté qué había sucedido me respondió señalando con la mirada y el dedo índice erguido a uno de los oscuros equinos, cuya grupa servía para transportar dos grandes alforjas, al mismo tiempo que pronunciaba por medio de un frágil hilo de voz distintas palabras en una lengua incomprensible.

Hice, a continuación, lo que me había indicado: introduje mis manos en las alforjas y extraje decenas de folios sueltos, numerados y llenos de frases tachadas, un plateado rollo de película y el reloj más extraño que había visto nunca, decorado con misteriosos símbolos y dibujos de formas geométricas y que cronometraba seis horas cuenta atrás habiendo consumido de ese período una hora y media.

A pesar de mi curiosidad volví a introducir en el mismo espacio los objetos, entre otras razones, porque un grupo de desconocidos a caballo avanzaba hacia nuestra posición y nada hacía pensar que lo hicieran con la intención de asistir al herido.

Lo primero que se me ocurrió fue arrastrar su cuerpo lejos del margen de playa descubierto, ocultarlo en una zona de vegetación cercana, volver tras nuestras

huellas para borrarlas y espolear los magníficos ejemplares de pura sangre con su insólita carga a cuestas.

Una vez hecho esto regresé a esa especie de refugio natural, entre hierbas altas y rocas, desde el que podíamos ver una considerable extensión de orilla y por donde no tardaron en aparecer media docena de jinetes al galope sobrepasándonos y distanciándose gradualmente sobre el fondo de la brumosa lejanía.

Quien quiera que fuese la persona tendida a mi lado necesitaba ayuda médica urgente así que decidí ir en busca de mi coche, estacionado a poca distancia de allí, convencido de que en esas peculiares circunstancias no había otra opción mejor.

Sin embargo, la realidad paró en seco todo mi esfuerzo al regresar y ver, en el lugar en que yacía momentos antes el cuerpo del moribundo, un montón de hierba aplastada y una hilera con gotas de sangre interrumpida de repente en mitad de una duna.

Alrededor de ésta y más allá pude observar numerosas improntas de herradura dirigiéndose a la línea de costa donde se yergue el viejo y majestuoso castillo de Bamburgh, lugar al que acudí sin poner los hechos en conocimiento de la policía, de momento, y con una compleja mezcla de preguntas sin respuestas, intriga y desconfianza.

Desde la carretera que conducía a mi destino vi sobre el tormentoso Mar del Norte dos navíos escoceses impulsados por primitivas velas rumbo al castillo y a lo largo de sus torres y sus enclaves estratégicos pude ver, además, a hombres pertrechados con armas antiguas preparándose para entrar de

forma inminente en combate.

Cuando aparqué el coche y accedí al recinto amurallado diferentes cámaras registraban las impresionantes tomas de la lucha librada por aquellos guerreros fornidos de mirada torva, cabellos largos y estudiados movimientos marciales.

Entonces reconocí entre la multitud, con indumentaria de época y sin un solo rasguño, al hombre que había ayudado en la playa, hallándose lo suficientemente cerca de mí como para percatarse de tal reconocimiento e iniciar una súbita y precipitada huida ante la que respondí con inusitada rapidez iniciando una súbita y precipitada persecución.

En distintos momentos de la misma perdí su pista y pude recuperarla hasta alcanzarlo junto a un profundo pozo excavado en la roca, entorno al que caímos sin fuerzas para pelear ni pronunciar una sola frase comprensible; pero con la paciencia y el deseo de hacer, tarde o temprano, las dos cosas.

Y las hicimos a la vez. Agarrándolo por la cota de malla incliné su cabeza en el borde de la boca del pozo y lo interrogué exigiendo respuestas claras y veraces. Ignoro si cumplían el último requisito; no obstante, era indudable que no lo cumplía el primero: sus palabras, con un raro acento extranjero, se articulaban en un idioma desconocido por mí – tal vez Gaélico, pensé; aunque no estaba en absoluto seguro – de modo que ni siquiera llegaba a entender los gestos que las acompañaban.

De imprevisto cambió la expresión de su cara debido, quizá, a un pensamiento o reflexión en abierta ruptura con los anteriores, más sincero y profundo, y llevado por el sacó, oculto dentro de la camisa y sujeto al cinto, el rollo de película que extraje de las alforjas en la playa. Acto seguido cogió mi mano

derecha, la abrió y puso dicho rollo en ella con un gesto que sí entendí: “Te pertenece” dijo alzando el dedo a la altura de mi pecho y sin otra forma de comunicación gestual ni verbal nos separamos para tomar, por mi parte, el camino hacia el aparcamiento próximo al castillo.

Desde allí me dirigí a mi casa bajo una tormenta con imponente aparato eléctrico y nada más llegar fui directo al salón donde guardo un valioso cinematógrafo en el que instalé cuidadosamente la película y cuyo nítido haz de luz proyectó la primera e inesperada imagen: un anciano sentado sobre un rudimentario banco, solo y semidesnudo, moja su pluma de ganso en un cuenco medio lleno de tinta intercalando largas y desiguales pausas con impulsivos movimientos de escritura. A su espalda la cámara avanza sobre una hilera de cipreses mecidos por el fuerte viento y a ras de suelo se desplazan y ascienden remolinos de hojas muertas y polvo entre tumbas y panteones de extraña belleza.

La paciente laboriosidad del octogenario ha acumulado extensos manuscritos alrededor de una de las lápidas como si contara a alguien – tal vez al difunto enterrado frente a él – o a sí mismo una larga vida llena de terribles o apasionantes experiencias como la propia que representa, ahora, contarlas. De pronto veo la cara de aquel hombre por primera vez en primer plano. ¡Son mis facciones con treinta años añadidos a un rostro marcado por ellos y que, aun así, logro reconocer! Que yo recuerde, nunca he protagonizado papeles cinematográficos y mis deficientes dotes dramáticas no han de permitírmelo jamás de modo que me sorprende sobremanera ver este personaje de gestos, voz y carácter similares a las míos interpretando un papel con el que, sin

embargo, no me identifico de ningún modo.

Sea como fuere el plano de mi rostro pensativo va acercándose a los ojos de forma que su expresión, con la mirada hacia dentro, da paso a una repentina escena retrospectiva iniciada por imágenes olvidadas pero que no tardo en recordar y que me producen escalofríos.

En la primera imagen apenas soy un muchacho imberbe y acabo de despertar al alba de un día lluvioso en la casa que mi tío Charles posee cerca de Northumberland. Ando descalzo por el pasillo mientras escucho un ruido extraño y rítmico procedente de su habitación, desde la que también llega una fuerte corriente de aire gélido. Al entrar descubro el cuerpo de mi tío balanceándose colgado de una cuerda anclada a la lámpara central. Trato de encender la luz pero la tormenta ha causado un apagón y ahora, a través de las ventanas abiertas, resplandecen las descargas eléctricas que iluminan por décimas de segundos el cadáver de Charles.

Detengo el proyector con inquietud mientras oigo el agua repiquetear sobre el techo de la casa y los latigazos de los relámpagos junto a sus explosivos estrépitos parecen, como en la película, escenificar una verdadera y consciente pesadilla.

Respiro hondo y después de un incierto lapso de tiempo – segundos que transcurren y pesan como siglos – mi deseo de ver y saber más es tan intenso como ese mal sueño o la confusa realidad y sin duda actúa como un contrapeso a la fuerza psíquica de ambas.

La secuencia siguiente a la muerte de mi tío transcurre en Londres durante la segunda guerra mundial. Desde nuestra vivienda en el barrio de East London

levanto la vista y veo, por los amplios ventanales del comedor, atardecer, las calles desiertas, un perro hambriento y temeroso.

Tras breves instantes de ensimismamiento vuelvo a concentrarme en el diario que trato de escribir cuando está a punto de dar inicio uno de los interminables episodios de la batalla de Inglaterra. De hecho, esta tregua idílica de paz doméstica desaparece pronto violentada por las sirenas, la brusca oscuridad y la precipitada huída de la gente hacia los refugios antiaéreos.

De camino a uno de ellos tropiezo a pocos metros de su entrada bajo el ruido de los motores de los bombarderos alemanes en el cielo londinense y una joven rezagada me coge con las manos por debajo de mis axilas y logra ponerme en pie entrando los dos, in extremis, en el refugio.

Una vez dentro me doy cuenta, al registrarme instintivamente los bolsillos, que he perdido mi diario. La misma joven, entonces, extiende su brazo y rompe el silencio dirigiéndose a mí.

--¿Es esto lo que buscas? Dice, poniendo el caro objeto a mi alcance.

--¿Has arriesgado la vida – respondo cogiendo su mano con delicadeza - sólo por recuperarlo? Espero estar a la altura de tu acción en caso de que esta condenada guerra me brinde la misma oportunidad.

--Todas las guerras están llenas de oportunidades como esa. Si necesitas demostrar tu valentía o tu generosidad no tendrás que esperar demasiado.

--No aspiro a ser un héroe. Sólo deseo que mi agradecimiento se traduzca en algo más que unas cuantas palabras amables.

--La recompensa de lo que he hecho por ti – dice aquella noble mujer en un tono sincero a la par que sentencioso - consiste en haberlo hecho.

Al salir del refugio me despido de ella con la promesa de vernos al día siguiente, no obstante, las imágenes del film muestran, en lugar de ese día, el cementerio desde el que el anciano con mi rostro ha dejado de escribir – hecho que parece explicar la interrupción del relato anterior – y ahora, precedido por un largo y significativo silencio, comienza a hablar en voz baja al hombre yacente bajo la lápida rodeada por los manuscritos a la vez que aparece un plano fijo de la referida lápida y puede verse un relieve con distintos objetos grabados en la piedra.

Uno de esos objetos es mi mesa de despacho ubicada en la biblioteca, a pocos pasos del salón en que me encuentro, y a su lado aparece una flecha y una cruz como las que señalan sobre un mapa el destino del viaje así que paro el cinematógrafo y con intrigado nerviosismo me encamino hacia la mesa de despacho y registro todos los cajones con tal ímpetu que uno de ellos cae al suelo esparciendo los folios sueltos y el reloj que transportaba el caballo negro en la playa de Bamburgh.

Ordeno esos folios y veo que muchas de sus frases están tachadas, algo que no me impide leer otras sin esfuerzo y comprobar que encajan con... ¡las escenas y diálogos de la película! El inesperado hallazgo de este guión me suscita desde diferentes razonamientos y conjeturas a un único estado de estupor del que intento salir prosiguiendo la lectura.

Busco el fragmento escrito perteneciente a la secuencia en la que detuve el cinematógrafo – la del plano fijo de la lápida – y el mismo me revela que dicho plano, sin abandonar la lápida, comienza a moverse hacia abajo y muestra mi nombre junto a una fecha de defunción: 12 de Febrero de 2011, es decir, el día

que entra con carácter oficial dentro de tres minutos...

Se me ocurre entonces, fruto de una instantánea asociación de ideas, mirar el reloj de misteriosos símbolos y confirmo que la medida de su cuenta atrás iniciada hace exactamente 6 horas expira en... ¡tres minutos!

Los folios del guión a partir de ese último fragmento y en adelante están en blanco por lo que regreso al salón, enciendo el cinematógrafo y verifico que la película termina, asimismo, con el citado plano.

Asumo sendos hechos sin saber qué hacer o pensar; pero sí puedo sentir una inquietante incertidumbre que pesa y se ahonda tras el paso lento, amenazante e inacabable de cada segundo. Las mismas cualidades parece tener, una vez que la tormenta ha cesado, el silencio, ante el que me vienen a la mente los detalles del encuentro en apariencia casual con el jinete herido y, a partir de ahí, los de ese mal sueño o esa broma pesada cuya mera existencia, después de oír una poderosa detonación y de que se pare al fin el reloj, no me atrevo a llamar realidad.